

# EL ECO DE LA CLASE OBRERA.

PERIODICO

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES

FUNDADOR Y DIRECTOR

el opera

**RAMON SIMÓ Y BADIA.**

Este periódico se publica todos los domingos. Precio de suscripción: en Madrid, 2 rs. al mes, llevado á domicilio; en provincias, 2 reales, que podrán remitirse en dos sellos de á real. Puntos de suscripción: Madrid, en la Administración, calle de Santa Clara, n. 6, cto. pral. izqda.; en la Redacción, calle de la Libertad, núm. 4, cuarto 4.º Barcelona, librería de Cerdá, plaza del Angel. Palma de Mallorca, librería de Pedro José Gelabert. Reus, imprenta de don Pedro Sabater. Mataró, librería de Abadal.

## ADVERTENCIAS.

Una série de dificultades hijas de las condiciones especiales de nuestro periódico, nos ha impedido publicar hasta hoy los dos números que remitimos á nuestros suscritores. Orilladas todas, podemos asegurar que desde el domingo próximo saldrá EL ECO DE LA CLASE OBRERA con la regularidad debida.

Aquellos de nuestros suscritores que no se entiendan con algun corresponsal del periódico, podrán dirigirse desde luego á la Administración, calle de Santa Clara, núm. 6, cto. pral. izquierda, tanto para reclamaciones como para renovar la suscripción. Esto último puede efectuarse, remitiendo oportunamente dos sellos de á real por cada mes de abono.

TOM. I.

Ayuntamiento de Madrid



---

## SECCION EDITORIAL.

---

### NOTICIA DEL BANQUETE

**celebrado por la clase obrera de esta corte.**

---

Tuvo lugar el domingo próximo pasado á las tres de la tarde en la fonda de las *Cuatro Naciones*. Concurrieron ciento y doce individuos. Todos obreros.

Llegada la hora de los brindis, se levantó el señor Elers para manifestar que habia recibido una carta de un amigo suyo que, por no ser obrero, no habia podido tomar parte en el banquete. Reclamóse la lectura de la carta. Decia así:

A LOS OBREROS DE MADRID Y COMISIONADOS DE BARCELONA.

*Salud y fraternidad.*

Amigos y hermanos: en un dia tan solemne como el de hoy, en que reunidos los obreros de Madrid haceis una espontánea y albagüena manifestacion de que existe encarnado en vuestros corazones el sentimiento de la fraternidad, hubiera querido brindar en vuestro seno, porque esos vínculos con que vais á quedar unidos desde hoy en adelante alcanzasen no solo á los que os acompañan en las tareas de vuestros talleres, si que tambien á todos los que teniendo la conciencia de la dignidad humana sean acreedores á la alta honra de llamarse hermanos vuestros. En la imposibilidad, empero, de llegar hasta vosotros, y con la firme conviccion de que, al cerrarme las puertas de vuestro banquete, me dejábais abiertas las de vuestro corazon aceptando los sentimientos de amistad y simpatias que el mio os ofrece; no vacilo en dirijiros mi voz por escrito y brindar con vosotros porque esos lazos de fraternidad con que hoy inau-



guraís vuestra union, se dilaten, no ya entre los obreros; no ya entre los españoles, si que tambien entre todos los hombres, entre la humanidad entera.

Brindo, pues, seguro de que aceptareis mi brindis,

Porque la guerra su pendon abata,  
y nazca un nuevo amor entre los hombres,  
y muera el odio que los goces mata.

Porque no tengan las naciones nombres,  
y no digan las lenguas «extrangero»  
y tengamos por patria el mundo entero.

Vuestro hermano, J. F. VICH.

Los mas entusiastas aplausos resonaron en el salon, y la concurrencia llamó al señor Vich á su seno.

El señor Simó y Badia pronunció entonces el discurso que trascribimos, interrumpido á cada paso por repetidas palmadas.

«Compatriotas y compañeros: No puedo menos de empezar por manifestar la alegría, la dulce satisfaccion de que en estos momentos rebosa mi corazon á la vista de este espectáculo tierno y consolador: operarios de todas las provincias de España, fraternizando llenos de entusiasmo, individuos de todas las artes y oficios, estrechándose mutuamente la mano en señal de nuestra futura union y bienandanza.

Las palabras que aquí se digan serán oídas por todo Madrid, por España toda, por todo el mundo. Aprovecho, pues, estos momentos para abrir con franqueza mi corazon.

Soy catalan, y quiero mucho á Cataluña; soy español, y quiero mas á España; soy hombre, y mas que á Cataluña y á España, quiero á la humanidad entera.

Para alcanzar el bienestar de Cataluña, debo interesarme por el de toda España, y para alcanzar este, debo antes interesarme por el de todo el mundo.



Esta idea, compañeros, esta idea de solidaridad, es nuestra idea salvadora. Hé aquí porque tiempo atras al buscar mi bienestar particular, me interesé primero por el de mis compañeros, y á este efecto lancé el grito de asociacion en los talleres de Barcelona.

Mi voz fué escuchada, y hoy dia los individuos de mi arte en aquella ciudad cuentan ya con medios suficientes para hacer frente á cualquiera calamidad, á cualquiera crisis. Hé aquí por qué al querer la prosperidad de esta asociacion, proclamo desde esta villa la solidaridad, es decir, la asociacion entre todas las asociaciones.

¿Escuchareis ahora mi voz?.... Si la ois, como no dudo, la emancipacion de la clase obrera está próxima; las artes y oficios renacerán con nuevo esplendor, los harapos, la miseria y la abyeccion desaparecerán para siempre; nuestra dignidad de hombres y ciudadanos será reconocida.

Es cuanto apetecemos.

Todos los males que hoy pesan sobre esta aglomeracion de personas que llamamos sociedad, tiene su origen en la funesta máxima que hace tiempo viene imperando entre nosotros: «cada cual para sí.» Esta máxima terrible debemos destruirla á todo trance. El estado del hombre no es mas que el reflejo del estado social. Si alguno de nosotros llega á alcanzar el bienestar, será porque lo habran alcanzado antes sus hermanos. Si alguno lleva una vida penosa y llena de privaciones, es porque, como él, sus hermanos yacen en la abyeccion y en la indigencia. El aislamiento individual nos conduce al terrible estremo de considerar á nuestros compañeros de trabajo, como enemigos que nos vienen á disputar los mendrugos que nos dan los capitalistas á trueque de nuestros sudores y fatigas.

Hora es ya de que abramos los ojos á la luz de la razon. La máxima que debe guiarnos, y que debe des-



truir la que hoy impera, es: «Cada uno para todos: todos para cada uno.» La forma de este espíritu es la asociación. El punto de apoyo de este orden de cosas, la solidaridad:

¡A la asociación de cada clase!

¡A la solidaridad entre todas las asociaciones!»

Sosegados los aplausos que arrancó á la concurrencia el precedente discurso, reclamó un momento de atención el señor Mesa, y con distinguidas maneras de que se envanecería un orador no adocenado, dejó oír su simpática voz en esta breve alocucion:

«Señores: ¿qué podré añadir á lo que ha dicho el señor Simó? La asociación es la tabla que ha de salvarnos en las borrascas políticas, el escudo que ha de defendernos de los ataques del capital.

Observemos, señores, un hecho. Dos obreros representan la clase entera de Cataluña: nadie les disputa la legitimidad de su representación: se entienden con los diputados de la Asamblea. ¿Por qué? porque están organizados, porque en un solo día se reúnen los directores de todo el Principado y otorgan poderes en nombre de las asociaciones. Nosotros nos reunimos ciento, doscientos, acudimos á pedir un derecho, y se nos dice: «No podemos entendernos con vosotros, vosotros no representais la clase obrera; ¿dónde están vuestros poderes?» Porque estamos desorganizados.

Asociémonos, señores, y seremos fuertes: tendremos un poder que defenderá nuestros intereses continuamente amenazados.

Si os asociáis, nos dicen los capitalistas, podreis mañana atacar nuestra propiedad, arrebataros lo que legítimamente hemos adquirido.

Mas esto es un error, nosotros no queremos eso, ni lo querremos nunca; queremos solo gozar el fruto de nuestro trabajo; que el capital deje de esplotarnos, de aprovecharse de nuestras crisis, de cebarse en nuestra



miseria. El capitalista tendrá una parte en la produccion, pero no la tendrá toda, el obrero recogerá el producto de su trabajo.

Señores, soy obrero; y pienso que mañana vendrán nuestros hijos á pedirnos cuenta de nuestras acciones, á echarnos en cara nuestra indolencia: trabajemos siquiera por ellos, libertémosles de la abyeccion y de la miseria. La asociacion: he aquí nuestro porvenir.

Hoy damos el primer paso. Madrid es el centro de España; los obreros de Madrid se reunen aquí para echar los cimientos de la asociacion obrera española. Brindo, pues, por la asociacion de todos mis hermanos; por esos fraternales lazos que han de unirnos en una sola familia y que serán la mas preciada herencia que podemos dejar á nuestros hijos.»

El señor Miralpeix, que ya en un principio habia cautivado la atencion, recitando con buena entonacion unos versos de no escaso mérito, cerró los brindis vertiendo algunas ideas que serian aplaudidas hasta en boca de un orador filosófico: “La clase obrera, desatendida como está, dijo, apenas puede atender á las primeras necesidades que hace sentir al hombre su naturaleza. Por esto es la clase que mayor contingente paga á las cárceles y los presidios. Desatendida en su educacion, desatendida en medios, desatendida en todo ¿qué extraño que se la vea tan cerca del crimen? Estas consideraciones no bastan, sin embargo, á suspender el brazo de la ley pronto á caer sobre la cabeza del obrero criminal. Ahora bien: si esto es así, si las aristocracias lo exigen todo de nosotros, apelemos á nosotros mismos, empecemos por adquirir la conciencia de lo que somos, de lo que valemos; y de fijo que cuando la tengamos, encontraremos en ella misma lo que nos falta, para que se nos pueda exigir toda la responsabilidad de nuestras acciones.

Esta conciencia; señores, nos la dará la asociacion,



y por esto brindo por ella. De otras ideas tanto ó mas felices estuvo nutrido el discurso del señor Miralpeix, que sentimos no poder transcribir integro por sus largas dimensiones. Con él se cerraron los brindis, y los concurrentes despues de estrecharse recíprocamente las manos y prometerse trabajar cada cual lo que pudiese para obtener por las vias legales el anhelado derecho de asociacion, se retiraron sin que se pudiese decir que el mas leve disgusto habia venido á suspender esa primera sonrisa con que saludaban la fraternidad.

Los comisionados por la clase obrera de Cataluña no pudieron desgraciadamente asistir á este banquete; mas enviaron á los que lo celebraban una sentida carta que transcribimos tambien:

A LOS OBREROS DE MADRID.

Hermanos: en este momento se nos acaba de presentar una comision de vuestro seno invitándonos á un banquete que habeis dispuesto en obsequio nuestro y de la clase que representamos. Honra tan señalada para la clase obrera de Barcelona, como inmerecida para los que suscriben, no podia menos de llenarnos de satisfaccion y orgullo. Sentimos por esto mucho mas no poder reunirnos entre vosotros, gracias á las muchas é importantes ocupaciones que nos ocasiona la representacion que tenemos.

¿Qué honra de mas valor podiamos esperar, que vernos obsequiados por una clase que consideramos como hermana? No, mayor galardón no era posible. Su recuerdo quedará grabado para siempre en nuestros corazones. Considérenos la clase obrera de Madrid como hermanos dispuestos siempre á hacer por ella todo género de sacrificios.

Recibid la seguridad de nuestro afecto. Madrid etc.

*Joaquín Molar—Juan Alsina.*



Fué acogida esta carta con entusiasmo.

Los confinados y comisionados mismos estuvieron representados en el banquete por D. José Guarro, director de una de las asociaciones de Igualada.

Concluyó el banquete á las seis.

---

## INDUSTRIA GALLEGA.

### II.

Examinado el deplorable estado de la industria agrícola en Galicia; enumeradas aunque de paso las causas mas notables que influyen directa é indirectamente en su decadencia; y teniendo en cuenta que algunas, que respetables escritores colocan en este número, son para nosotros otros tantos motivos de seguridad de bienestar y de ventura, cumple á nuestro propósito su investigacion y desenvolvimiento, antes de entrar en el exámen de las industrias comercial y manufacturera.

Sé dice, no solo vulgarmente, sino por entendidos economistas, que una de las causas que mas ataca la prosperidad de la agricultura en Galicia, es la escesiva division y subdivision de la propiedad territorial.

Dos grandes sistemas se disputan en la actualidad la victoria en el terreno económico, sistemas que simbolizan la historia y el porvenir: la grande propiedad y la propiedad pequena, la acumulacion y el desmenuzamiento, la amortizacion y la desamortizacion. Dos grandes sistemas, digo, porque aun cuando el primero está exhalando su último suspiro, aun cuando á impulsos de la ciencia económica, son sus movimientos nerviosas convulsiones, semejantes á las del náufrago, que, asido de una débil tabla, ve cercana en el reloj del tiempo la



hora suprema en que las soberbias olas, con marcha magestuosa y lenta, van á sumergirlo en la inmensidad de sus abismos, impávido y sereno opone su débil fuerza á ese torrente arrebatador de las generaciones actuales, á esa soberanía de los acontecimientos contemporáneos, á esa moderna civilizacion formada en el laboratorio de tan variados siglos. Pero la ciencia le hizo encorvar bajo el peso de sus razonamientos. Sistema de la historia, fue lanzado á la historia; y entonces agoviado, acosado incesantemente y herido por los resplandores luminosos de la verdad, pretendió localizarse, buscó un asilo en pais extranjero, marchó á Galicia, á la Irlanda de España. Desde allí levanta su débil voz, voz parecida á la del desterrado que al pie de negruzca peña pretende que sus lamentos, arrojados en medio de la soledad, se agiten en los pliegues del viento, ó, llevados por las olas del mar, resuenen en remotas playas á usanza de perdidos ecos. Pero en vano: planta parásita, no puede aclimatarse; la mano del tiempo tiene señalada su hora en el cuadrante, y ni los ecos se agitan en el viento, ni la mar se presenta propicia á conducirlos. Todo es soledad, todo muerte. Galicia no comprende ni puede comprender que su felicidad, su prosperidad material y moral, el desarrollo de su industria agrícola, el aumento necesario de su produccion, la paz, la tranquilidad, la abundancia y la riqueza, en fin, puedan bajo concepto alguno proceder de un sistema, cuyas funestas consecuencias son una nueva esclavitud, un monopolio terrible, el pauperismo en grande escala, la ignorancia en los agricultores, el fomento de la emigracion y la relajacion completa de los vínculos de la sangre, y del mas noble y ardiente sentimiento de la patria.

Descansa esta teoría en la acumulacion de la propiedad, deduce como consecuencia precisa la amortizacion. ¡Ah!... ¡La amortizacion!... Si los legisladores del año 20 se hubiesen levantado por un momento de sus



tumbas; si vieran que aun retumban en su patria esas terribles palabras que tanto daño causaron; si observaran que arrojadas del territorio español, á impulsos de la ciencia, se refugiaban á Galicia para ensayarse de nuevo, repetirían con lágrimas de dolor: *«mirad, esa institucion pugna con los progresos de la agricultura y de la poblacion, introduce la pobreza y el desaliento, fomenta las semillas del mal moral, entorpece los movimientos progresivos de la industria, divide los miembros de la sociedad, turba la armonia y concordia de las familias, destruye el derecho de propiedad y se halla en oposicion con todos los principios de sociabilidad y de justicia universal.* Pero afortunadamente en ese mismo pais en que se proclama la reaccion económica, en ese pueblo de las tradiciones, cuyo encanto consiste en una vida dulce y apacible, Italia por su belleza, Escocia por sus campiñas, afortunadamente, digo, jamás se ha conocido en toda su estension ese principio de hierro, esa práctica horrorosa que arroja al labrador de su tranquila mansion al seno de la indigencia y la miseria. No... Una nueva institucion vino á turbar su marcha, aminoró sus funestas consecuencias, desamortizó en todos tiempos, mal que le pese á los partidarios de la gran propiedad.

Hubo un tiempo en que España contra la voluntad de los legisladores de Castilla, contra determinaciones espresadas de monarcas, contra el espíritu nacional y la conveniencia pública, se encontró inundada de grandes y pequeñas vinculaciones, que monopolizando casi enteramente el suelo, formaron una poderosa clase, que introdujo en la sociedad española la mas degradante esclavitud.

El influjo de los grandes triunfó sobre los Procuradores del reino, las leyes fueron violadas, y la amortizacion estendió su negro y enlutado manto sobre los antiguos reinos de España. Galicia participó del contagio. El espíritu de transmitir á las generaciones venideras nombres



que muchas veces ni debieran constar en los epitafios de las tumbas, reforzó una idea que, nacida de un egoísmo glacial, no debería extenderse por la cadena de los siglos, idea que ha venido arrastrada por la fatalidad hasta una época de gran desarrollo de la razón social. La institución de los *foros*, única y exclusiva de los reinos de Asturias y Galicia, templó en tan alto grado el principio de la amortización civil y eclesiástica, que sin controversia de ningún género podemos considerarla como el antídoto de tan funesto mal. Por ellos el dominio se dividía y divide en directo y útil; y pasando de esta suerte el último á constituir la propiedad de nuestros labradores, la amortización quedaba completamente ilusoria y sin trascendencia alguna. En vano en las antiguas fundaciones vinculares y de capellanías, se establecía la prohibición absoluta de la división de derechos; en vano se la hizo valer ante los tribunales de justicia, contraponiendo las leyes á las prácticas constantes del país; porque estos, conocedores de las ventajas de la desamortización, desatendían tan injustas reclamaciones, y la propiedad circulaba y se desamortizaba, y esta circulación y esta desamortización fomentaban el cultivo, hacían progresar la agricultura, establecían una conveniente distribución de la riqueza, desarrollaban la prosperidad pública, estimulaban á los agricultores, introducían el arraigo, suavizaban el trabajo; hacían vagar sobre sus frentes el sentimiento de la patria como aureola de dicha, de ventura, de amor, de libertad y de progreso.

¿Y hay quien se atreva todavía á levantar su voz en defensa de la amortización civil? ¿Hay quien se atreva á señalar como causa de la decadencia de la agricultura gallega la excesiva división y subdivisión de la propiedad territorial? Por ventura ¿esta industria no la hemos visto en muy diversas épocas en todo su esplendor y lozanía á despecho de los escasos partidarios de la amortización y de la grande propiedad? ¿Acaso, no acaba-



mos de probar de un modo incontestable, que aun en los tiempos de una absorcion ilimitada, jamás pudieron tocarse todas las absurdas consecuencias de tan tiránico principio? Si esto es así, como no puede menos de ser, ¿por qué, con qué razon, con qué derecho se atribuye la ruina de nuestra agricultura, á una de las causas que mas directamente han influido en su desarrollo, su prosperidad y brillantez?

No creais, se replica, que defendemos la amortizacion civil; no creais que se nos oculta cuanto limita la libertad de la industria, cuanto la circulacion de las rentas y las propiedades, cuanto la misma facultad de hipoteca. No es eso. Hijos del eclecticismo, pretendemos entronizar la propiedad en grande; diremos mas, queremos este hecho segun los tiempos y las circunstancias. Reconocemos el mal, tanto en la amortizacion como en la division escesiva de la propiedad; y aun cuando estamos de acuerdo en que una justa distribucion de la riqueza, esparce su benéfica accion sobre multitud de individuos y familias, no podemos convenir en el desmenuzamiento de la propiedad territorial. ¡Que delirio! De todo principio tienen que deducirse fatalmente todas sus legítimas consecuencias.

Vuestro sistema, ó es ridículo é ineficaz, ó tiene por último término necesario la amortizacion. ¿Qué es lo que pretendéis con la grande propiedad? la acumulacion. ¿Cómo podreis conseguirlo? amortizando y solo amortizando. Las necesidades de la vida, el inmenso cúmulo de accidentes que se ofrecen diariamente al individuo, el cariño especial que á determinadas personas se profesa, las mejoras y todo género de particiones son otras tantas causas que destruyen por su base el principio de la grande propiedad. De suerte que es imposible conseguir el resultado que os imaginais, sin acudir á la absurda máxima de la amortizacion. Por otra parte, las industrias comercial y manufacturera,



no podrán tener todo el desarrollo debido, si no están basadas sobre la agricultura, si esta no se funda en una justa distribucion del suelo, si el monopolio del capital no desaparece á impulsos de la asociacion y de las sociedades gallegas. Es decir que vuestro sistema, si fuera practicable, arruinaría esos dos ramos de la industria; es decir que Galicia se vería condenada á ser puramente agrícola; es decir que una concurrencia escesiva mataría en lo porvenir su agricultura. Porque la industria manufacturera gallega, no puede jamas separarse del cultivo de la tierra; porque debe considerarse mas bien como un poderoso auxiliar, que como un ramo aislado que nunca llegaria á aclimatarse, á echar sólidas raíces, á ser un elemento grandioso de la riqueza nacional.

¿A qué, pues, conduce vuestra teoria? Si no es la amortizacion lo que anhelais, ¿qué es entonces? ¿Dónde están las consecuencias prácticas? ¿Dónde la realizacion, grande ó pequeña, del principio?.... Pero seamos francos; convengamos en que bajo el tupido velo de esta teoria se predica la amortizacion civil en toda su extension y desnudez; convengamos en que á los partidarios de la grande propiedad ni les asusta el monopolio, ni la esclavitud, ni un nuevo y mas terrible feudalismo, ni la ignorancia de nuestros agricultores, ni la estincion de la poblacion, ni la emigracion, ni el pauperismo. Quieren la amortizacion, quieren un nuevo poder, quieren que el obrero esté á merced del capitalista, quieren que sus salarios sean regulados por la ley fatal de la necesidad, quieren que se imposibilite la libertad del trabajo, y que de una vez renazcan las escisiones que el capital origina, y con ellas dos clases, sentimientos de odio y de venganza, la lucha y la guerra en todas partes. Ni en el seno de las familias reinaria la paz y la bonanza; pues los vínculos de la fraternidad desaparecerian, y en la mente del hombre bulliria tan solo la idea del esterminio, el



deseo de la destruccion, la esperanza del bien, del porvenir.

¿Y qué diriais entonces, si á vuestros oidos llegara la nueva del incendio de los bosques, de la tala de las mieses, del fuego vivísimo de los arruinados palacios, de la llamarada inmensa que por donde quiera se veria, del desbordamiento mas completo, del alumbramiento del banquete de la destruccion por la tea de la venganza y de la muerte? ¿Creeis tal vez, que no era una consecuencia obligada de ese sistema impio, de ese guante arrojado en medio de la pobreza y la indigencia el noble sentimiento de la dignidad humana? ¿Acaso se os figura que en medio de la relajacion profunda que germina en el corazon de la sociedad actual, en medio de la corrupcion de sus costumbres y hábitos, esa idea pasaria sin consecuencias, sin trascendencia alguna? ¿Creeis tan amortiguado el sentimiento de la personalidad del hombre? ¿Es la humanidad una *máquina*, movida puramente por una fuerza bruta? ¿Desconocéis la influencia de la idea? ¿Olvidais la espontaneidad de las revoluciones sociales? ¡Ah!.... cuando en la historia de la civilizacion de Europa, vemos escrito con caracteres de sangre los nombres del feudalismo y los comunes, cuando notamos que estas guerras sin cuento son el producto del predominio del señor y del ultraje de la dignidad humana; cuando observamos que el trabajo de multitud de hombres servia tan solo para que el poseedor del feudo pudiera gozar de las comodidades de la vida y libremente entregarse á la molicie, á la caza y á la guerra, sentimos el deseo de comparar aquella época de barbarie con la *esclavitud* que de la amortizacion pudiera desprenderse; y se conmueve el corazon y la inteligencia se asusta al contemplar que se presentan aun mas funestas, mas egoistas y mas terribles las condiciones del *amo* y del esclavo.

Allí, en torno de un castillo se agrupaba una multi-



tud de individuos y familias; allí la propiedad de su señor era cultivada con el esmero, interes y diligencia posibles en un esclavo.

Allí en ese solitario castillo moraba una familia que bien pronto se vió precisada á adquirir la amistad y las relaciones de la vida con la poblacion que la circuia; allí la religion del Cristo plantó una iglesia, y el sacerdote del señor era el amable medianero entre el poseedor del feudo y la poblacion vasalla.

Mas ¡ay! ¿podemos decir esto de una sociedad en que el materialismo filosófico infiltró profundamente en sus venas, y en que la explotacion del individuo y el egoismo mas siniestro, reemplazan los benéficos principios de la fraternidad, del amor, de la igualdad? ¿Podemos decir esto de una sociedad, en que el lujo, el fausto, la pompa y magestad de los capitalistas, nuevos señores feudales de la época moderna, absorven intensamente el esceseivo trabajo del obrero, á quien sin duda alguna no se mira como hombre y si como una máquina movida por la fuerza de un insignificante salario? ¿Podemos decir esto de una sociedad en qué ni las máximas del Redentor del mundo, ni los principios de una filosofia humanitaria, ni nada que enlace al hombre con el hombre por los medios de la caridad y del cariño tienen una existencia real, y solo un escepticismo tormentoso viene abriendo de nuevo la herida vivísima que el materialismo causó con sus disolventes principios?

Allí, en aquella sociedad que en torno del castillo se formó, todos eran hermanos, todos iguales; allí en medio de la esclavitud reinaba la alegria, el bienestar y la calma; allí ni se temia á una escesiva concurrencia que abaratará el salario que no existia, ni menos el poseedor del feudo explotaba al individuo con el individuo, al grande con el pequeño, al hombre con la muger. Mas hoy dia, ¿que podria ser ese nuevo señor? qué la sociedad que al rededor se agrupara? ¡Ah! renuncio á des-



cribirlo, y solo siento que el explotador del hombre provoque la creacion de nuevos *Párias*. Las consecuencias de ella todos las conocemos; ya las manifesté en mi último artículo.

Se divisa un pauperismo naciente que corroe las entrañas de la sociedad gallega. Se ve la emigracion, fúnebre cipres que se levanta en los muros de mi patria. El hombre pierde al lanzarse en el inmenso Océano, su familia y su pueblo. Ni el trino del ruiseñor, ni el canto de las variadas aves, ni el murmullo de las ondas, ni el eco de sus amigos, se repite en lontananza ni en las remotas playas donde pisa. Allí ni la luna ilumina el sepulcro de sus antepasados, ni menos la suave brisa agita las hojas de sus frondosos árboles. Allí el sol de mayo cuando se oculta entre las nieblas del mar, recuerda los venturosos instantes de la pasada vida... y ¡ay! la campiña que se pierde ¿dónde está!... ¡ay!... el brillante horizonte de mi pueblo, ¡ay! sus ríos, sus cascadas, el rielar de la luna, las horas adormecidas por el arrullo de mis padres ¿qué se hicieron? Y esto esclama el emigrado, y en tanto el nuevo feudal, tñdido muellemente y en medio de los deleites de la vida, olvida las desgracias de su hermano; y su pompa, y su magestad, y su lujo, son un triste sarcasmo que á la humanidad se lanza.

Esto es lo que se quiere, esto lo que se pide con el principio de la amortizacion, ó de la grande propiedad. Esto lo que se pretende evitar y se evita con un buen sistema de cultivo, con el desarrollo del principio de la asociacion, con sus instituciones y las sociedades gallegas.

C. V. R.